

# GORMAZ

Si hay un lugar en Castilla que evoca los tiempos medievales de frontera entre cristianos y musulmanes, ése es Gormaz, con su imponente ciudadela dominando el horizonte soriano. El lugar, hace mil años importante centro de poder, es hoy apenas una aldea, de menguada población, asentada en la vertiente meridional del páramo coronado por la fortaleza califal, desde donde se divisan todas las tierras del Duero sur y buena parte de las que se sitúan al norte. Está a medio camino entre El Burgo de Osma y Berlanga de Duero, a unos 12 km de cada una de esas villas.

El origen del lugar seguramente venga impuesto por la existencia de un vado sobre el Duero, donde posteriormente se levantó un puente, quizá fortificado. Este paso natural podía ser además estrechamente vigilado desde el amplio cerro amesetado donde se asentó la más antigua población medieval.

Las primeras noticias que refieren la existencia de Gormaz provienen del historiador musulmán Ibn Hayyan, cuando describe la campaña del califa Abderramán III, del año 934. En esa fecha el ejército andalusí cruzó el río *Wajasma* (el río Osma, es decir, el Ucero), dirigiéndose al *bisn Urmag*, o sea, al castillo de Gormaz, una fortificación que Gonzalo Martínez Díez supone que pudo ser levantada por los condes castellanos tras las conquista de diversas plazas en la ribera norte del Duero, constituyendo una avanzadilla de Osma y de San Esteban de Gormaz. A pesar de todo parece ser que los cristianos volvieron a ocupar la plaza tras la marcha del ejército califal, pero no debió ser por mucho tiempo pues poco después, hacia 940, según relatan los *Anales Castellanos* y los *Complutenses* —aunque con fechas distintas—, los musulmanes la capturan nuevamente: *XVI kalendas augusti prendiderunt mauros Gormaz*.

A partir de este momento comienza Gormaz a jugar un verdadero papel estratégico dentro de la Frontera Media musulmana, que desde 946 establece su capital militar en Medinaceli



La villa de Gormaz, dominada por la fortaleza califal

y levanta una barrera salpicada de castillos y de atalayas, muchas de ellas aún conservadas. Entre todas estas fortalezas la más imponente es la que mandó levantar el califa Alhakem II a Galib, general en jefe de la frontera, en el año 963, la misma que, con muy pocas modificaciones, ha sobrevivido hasta nuestros días. Su objetivo era plantar cara a Osma y a San Esteban de Gormaz, controladas por los cristianos.

Desde estos momentos la comarca se convierte en escenario de encarnizadas luchas entre cristianos y musulmanes. El primer intento de tomar la nueva ciudadela correrá a cargo del conde García Fernández, quien en 975 fracasa ante sus muros, dando lugar a tal carnicería que, según relatan las crónicas musulmanas, las aguas del Duero se tiñeron de rojo. De otras noticias parece deducirse, según hacen algunos autores, que sería tomada por los cristianos pocos años después, para de nuevo tornar al poder musulmán hacia el año 980. En todo caso las campañas de Almanzor (977-1002) consolidarán Gormaz como base militar para las aceifas veraniegas que asolaron los reinos del norte, aunque tras la desaparición del amirí y de sus hijos, la amenaza musulmana comenzará a flaquear. De este modo, el conde Sancho García, hijo del anterior, conseguirá que los andalusíes le devuelvan las plazas de Clunia, San Esteban y Osma, perdidas en tiempos de Almanzor, a las que añade Gormaz. Sin embargo el condado castellano no tiene los suficientes recursos para emprender un dominio efectivo de la zona, asentando contingentes de población, por lo que poco después de nuevo Gormaz pasa a manos musulmanas. Y en su poder estará hasta que en el año 1060 el rey Fernando I, según cuenta la *Historia Silense*, conquiste definitivamente la fortaleza para Castilla, en una campaña que le permitió recuperar también las fortalezas de Berlanga y Aguilera y el paso del Duero de Vadorrey. Algunos años más tarde, en 1087, parece ser que Alfonso VI entregó la tenencia de la fortaleza a El Cid, aunque siempre las noticias en torno a este personaje son cuando menos sospechosas.

Desaparecido el peligro musulmán, la plaza militar se convierte en poblado que poco a poco va saliendo de las murallas para acercarse más al valle. Es entonces cuando debió surgir la actual población, ya casi como una aldea agrícola, aunque aún mantuvo cierta importancia, al ser cabeza de un arciprestazgo dependiente de Osma y centro de una Comunidad de Villa y Tierra que englobaba a diez aldeas que aún subsisten, y al menos a otras tres ya



*Gormaz, un punto  
de control sobre el Duero*

desaparecidas, según recoge Martínez Díez. La comunidad se mantuvo prácticamente inalterada hasta el año 1838.

A partir del siglo XII su aparición en los diplomas está más relacionada con asuntos eclesiásticos. En 1151 Alfonso VII concede al monasterio de Santo Domingo de Silos la iglesia de San Cipriano, *ecclesia que est in Gormaz, subtus ipsam villam, cum uno parrale et cum orto et uno molino et cum omnibus hereditatibus eidem ecclesie Santi Cypriani pertinentibus*. En 1154 el rey Sancho III, entre los bienes que confirma como posesión del obispo de Osma, cita *in Gormaz ecclesiam Sancte Marie cum omnibus hereditatibus et pertinentiis suis*, que de nuevo, en 1174, vuelve a confirmar Alfonso VIII. En 1187 es el papa Urbano III quien acoge bajo su protección al monasterio silense y al conjunto de sus posesiones, entre las que aparece San Cipriano de Gormaz, iglesia que en 1191 figura en la concordia que hicieron los obispos de Burgos, Segovia y Palencia para zanjar los pleitos que mantenían el obispo de Osma y el abad de Santo Domingo de Silos, por motivo de algunas parroquias, reconociéndose la titularidad del monasterio sobre ella.

Sabemos también que a comienzos del siglo XIII la fortaleza está en manos de Álvar Núñez de Lara y que tras la toma de Úbeda en 1233 algunos gormaceños debieron acudir a la repoblación de la ciudad andaluza. Tal vez la conquista de nuevas tierras en el sur pudo provocar una pérdida preocupante de población, pues en 1258 el rey Alfonso X expide un privilegio a los que pueblen con mujeres e hijos junto al castillo de Gormaz, quedando exentos de los impuestos de pecho, pedido y fonsado. En 1297 Fernando IV entrega la villa y su castillo al infante don Enrique, revirtiendo en la Corona en 1303, hasta que en 1395 Enrique III dona las villas de Almazán y Gormaz, con sus alfozes, a Juan Hurtado de Mendoza. Finalmente, en 1477 este alfoz formará parte del mayorazgo que Ruy Díaz de Mendoza instituyó para su hijo Álvaro de Mendoza. Fue en esta época bajomedieval cuando la inmensa fortaleza califal se abandona, construyéndose en el extremo oriental un castillo que permitía una defensa con menos recursos humanos y con costes de mantenimiento más reducidos.

En la villa se documentan tradicionalmente la existencia de cuatro iglesias, fiel testimonio de la población que llegaría a alcanzar. Fueron las de San Juan Bautista, San Miguel, Nuestra Señora de la Antigua y Santiago. Las dos primeras aún se mantienen en pie, la tercera estuvo en el solar que hoy ocupa el depósito de aguas —donde a principios del siglo XX aún se veían sus cimientos—, mientras que de la última subsisten algunos restos, reutilizados como recinto del cementerio. A ellas habría que sumar esa de San Cipriano de Gormaz, mencionada durante la segunda mitad del siglo XII y de la que después no hay noticias ni se conoce el posible emplazamiento. Hubo igualmente un convento franciscano, que se trasladó a Berlanga de Duero, cuya historia figura en uno de los libros parroquiales, y del que se llevaron algunas imágenes a la iglesia parroquial.

Texto y fotos: JNG

### Bibliografía

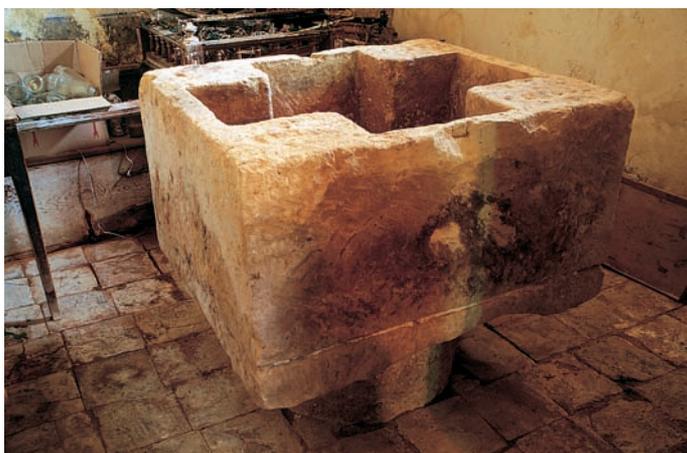
- AA.VV., 2001b, p. 106; BLASCO JIMÉNEZ, M., 1909 (1995), pp. 255-257; CASA MARTÍNEZ, C. de la y DOMÉNECH ESTEBAN, M., 1983, pp. 69-70; CASTELLANOS GÓMEZ, J., 1999, pp. 59-92, 104-106; COBOS GUERRA, F. y CASTRO FERNÁNDEZ, J. J. de, 1998, pp. 38-40; FRÍAS Balsa, J. V., 1997a; GARCÍA MERINO, C., 1973; GARCÍA VALENCIANO, J. J., 1986, pp. 49-54; GAYA NUÑO, J. A., 1943; GONZÁLEZ GONZÁLEZ, J., 1960, pp. 398, 420, 473, docs. 12, 211; GONZÁLEZ GONZÁLEZ, J., 1980-86, pp. 242, 430; HUERTA HUERTA, P. L., 2001a, pp. 20-22; LOPERRÁEZ CORVALÁN, J., 1788 (1978), t. I, p. 66, t. II, p. 219, t. III, docs. XXV, XXVII, XXX, LI; MADOZ, P., 1845-1850 (1993), p. 143; MARTÍNEZ DÍEZ, G., 1983, pp. 115-120; MARTÍNEZ TERCERO, E., 1985, pp. 259, 262; MORENO Y MORENO, M., 1957, t. I, pp. 186-189; NUÑO GONZÁLEZ, J., 2001, p. 30; ORTEGO Y FRÍAS, T., 1972; SÁENZ RIDRUEJO, C., 1985, pp. 220, 221, 222, 226, 227, 233-237, 241, 245; PÉREZ-RIOJA, J. A., 1985, p. 326; RIVERA BLANCO, J. (coord.), 1995, pp. 804-805; SERRANO, L., 1935-1936, t. II, p. 262; TARACENA AGUIRRE, B. y TUDELA DE LA ORDEN, J., 1928 (1997), pp. 195-196; VIVANCOS GÓMEZ, M. C., 1988, docs. 54, 75, 80; ZABALZA DUQUE, M., 1998, p. 579; ZALAMA RODRÍGUEZ, M. Á., 1995, pp. 76-77; ZAMORA LUCAS, F., 1955; ZOZAYA STABEL-HANSEN, J., 1984, pp. 491-492; ZOZAYA STABEL-HANSEN, J., 1988; ZOZAYA STABEL-HANSEN, J., 1989.

## Iglesia de San Juan Bautista

LA IGLESIA DE SAN JUAN BAUTISTA –que Madoz llama de Nuestra Señora del Pilar–, cumple hoy la función de templo parroquial. Se halla en el centro del casco urbano y toda su fábrica corresponde seguramente al siglo XVII.

En realidad el único elemento románico que aquí se conserva es la pila bautismal, ubicada en el baptisterio, una dependencia adosada al muro norte de la cabecera. Procede de la ermita de San Miguel, de donde se trasladó durante los largos años en que ese templo estuvo abandonado.

*Pila bautismal*



Es una curiosa pieza de 96 cm de altura, tallada en caliza blanca, formando una copa de vaso cuadrangular –de 97 × 109 cm de lado y 62 cm de altura– y pie cilíndrico independiente. Exteriormente el vaso es liso, aunque una profunda línea incisa aparece recorriendo la parte inferior de uno de los lados. Caso único es el vaciado interior, que se ha hecho en forma de cruz griega, con fondo plano en los brazos y cóncavo en el centro. Está tallada fundamentalmente a trinchante de filo recto, instrumento característico de época románica, aunque también se empleó el puntero y la azuela, útil éste más característico de época prerrománica, lo que quizá nos pudiera acercar a una cronología de finales del siglo XI, aunque no podemos asegurarlo.

No son muy frecuentes las pilas bautismales cuadradas en época románica, aunque aparecen en Bustillo de Santullán (Palencia) o en la colegiata de San Isidoro de León, en este caso con decoración figurada. Más cercana a la de Gormaz es la que se conserva en la ermita de San Marcos de Ólvega, con el exterior liso y el hueco semiésférico.

Texto y foto: JNG

### *Bibliografía*

ALMAZÁN DE GRACIA, Á., 1997, pp. 132-133; HERNÁNDEZ ÁLVARO, A. R., 1984, pp. 88, 89, 119; MADOZ, P., 1845-1850 (1993), p. 143.

## Ermita de San Miguel

ESTA ERMITA –EN TIEMPOS también parroquia– se halla apartada del casco urbano, a poniente, junto a la carretera que sube al castillo. Tras largas décadas de abandono, que casi provocaron su ruina, ha sido recientemente restaurada, mostrando, a falta de que se completen las restauraciones, toda su importancia artística, destacando el hasta ahora oculto conjunto de pinturas murales, sin duda de los más sobresalientes de la plástica pictórica románica castellana y peninsular.

Por lo que a su arquitectura se refiere, el edificio se levantó a base de menuda mampostería, con el sistema de encofrado de cal y canto, que se aprecia perfectamente en el hastial. Los esquinales son de pequeño sillarejo, de caliza, arenisca y toba.

Consta de cabecera cuadrada y una nave, con espadaña a los pies. Un pórtico se adosa al sur, que hasta la reciente

restauración estuvo ocupado parcialmente por la sacristía, a la que se accedía desde la nave. En este muro se hallan además dos portadas, una en el centro y otra en el extremo occidental.

La imagen que ofrece exteriormente el templo es la de un edificio prerrománico, que inmediatamente nos hace pensar en San Baudel de Berlanga. La cabecera, de mampostería revocada –con restos de despiece de sillares dibujados en líneas blancas, un enlucido bastante moderno–, es de planta cuadrada, con cubierta a dos aguas. Los muros son muy sobrios, tan sólo interrumpidos por una saetera en el testero y, quizá, otra en el lado meridional, ésta en todo caso destruida. El único elemento donde se concentra cierto refinamiento es el alero de los muros norte y sur, sin canes, conformado simplemente por una cornisa de listel y chaflán, decorada con medios círculos rematados en



*Vista desde el este*

dos hojitas en "V", con talla a bisel, un tipo que nos remite a innumerables sillares decorados con motivos similares y, según Gutiérrez Dohijo, fechables en época visigoda. En nuestro caso, la pieza del ángulo noreste presenta en la cara que mira al norte esa decoración, mientras que la parte que mira hacia oriente porta un ajedrezado, algo ya muy sintomático. La cornisa que remata el testero es plana y sólo alguna pieza muestra ese motivo antiguo.

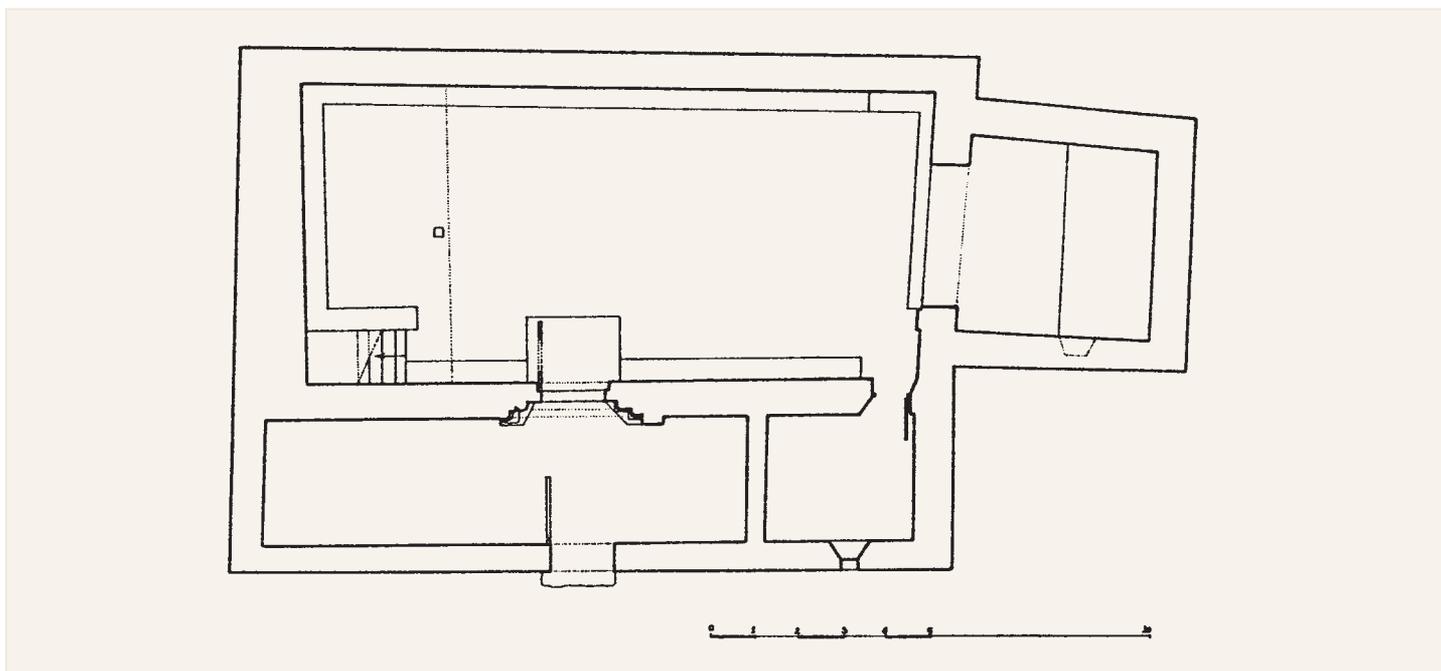
A través de una cata realizada en el ángulo septentrional de encuentro entre la cabecera y la nave, se puede ver cómo los dos ámbitos aparecen imbricados, respondiendo por tanto a un mismo momento constructivo. Las trabas entre los mampuestos sin embargo no son continuadas—como por otro lado es muy habitual—, sino que cada cierto espacio es una piedra la que enlaza ambos muros.

La nave es más ancha y bastante más alta, también con una cubierta a dos aguas, sostenida en ambos lados por impostas de somera nacela, sin canecillos. En el hastial se aprecian perfectamente los cajones del encofrado, y sobre éstos se levantó la espadaña, con basamento achaflanado rematado a piñón, clareada con dos troneras de medio punto, y fabricada con sillarejo y mampostería más gruesa. El empleo ocasional de algún sillar abocelado en el cuerpo de campanas nos hace pensar en que esta parte está remontada al menos en época posterior a los siglos románicos, aunque bien pudo seguir el mismo esquema precedente.

El pórtico, hecho con pobre mampostería de toba—incluso en el recerco de los ventanales— tiene una portada de medio punto en el lado este y otra en el sur, a las que hay que sumar una tercera, cegada, que se abría en el extremo occidental de este mismo muro sur, frente a la vieja

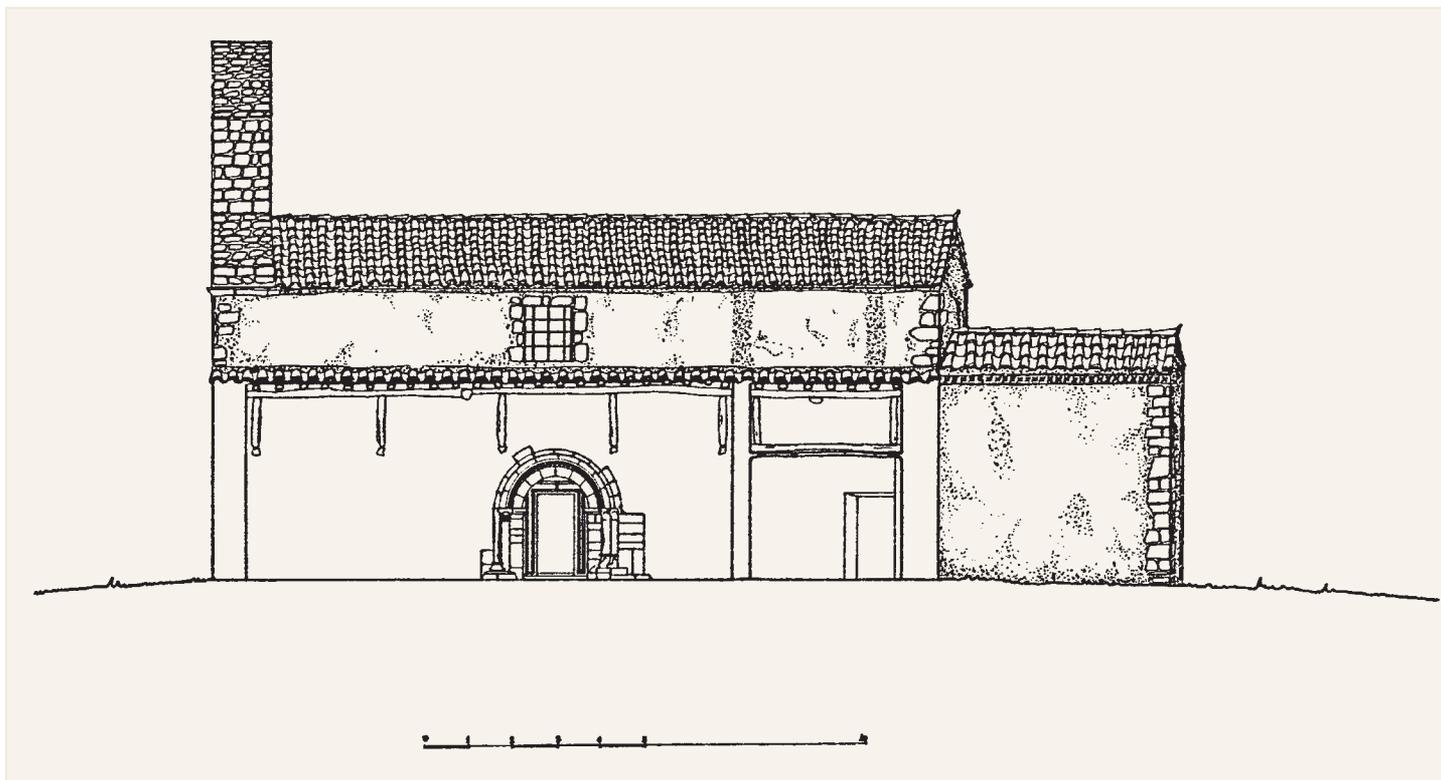
puerta de entrada a la nave. La central está flanqueada por tres sencillos ventanales, abiertos durante la restauración, cuando se ha visto que eran de medio punto, aunque muy deformados, dado el rudimentario sistema constructivo que emplean. Anteriormente algunos autores han hecho referencia a la forma de herradura que mostraban bajo el revoco, aludiendo con ellos a una construcción muy antigua y a las habituales influencias arábigas. En realidad, y debido a la falta de cualquier elemento característico, nosotros no sabemos tampoco cuándo pudo levantarse este pórtico, pero no creemos que sea románico, ni siquiera medieval, pues entre otras cosas inutiliza una de las ventanas de la nave, sin duda en pleno uso en época románica. Aún así cabe recordar que pórticos con machones cuadrangulares sí aparecen ocasionalmente en época románica, como puede verse en las iglesias sorianas de Fuentelsaz o de Las Cuevas de Soria, además de en las burgalesas de Santa Cecilia de Barriosuso o de Villalibado (prácticamente desaparecido), y en la palentina de Celada de Roblecedo.

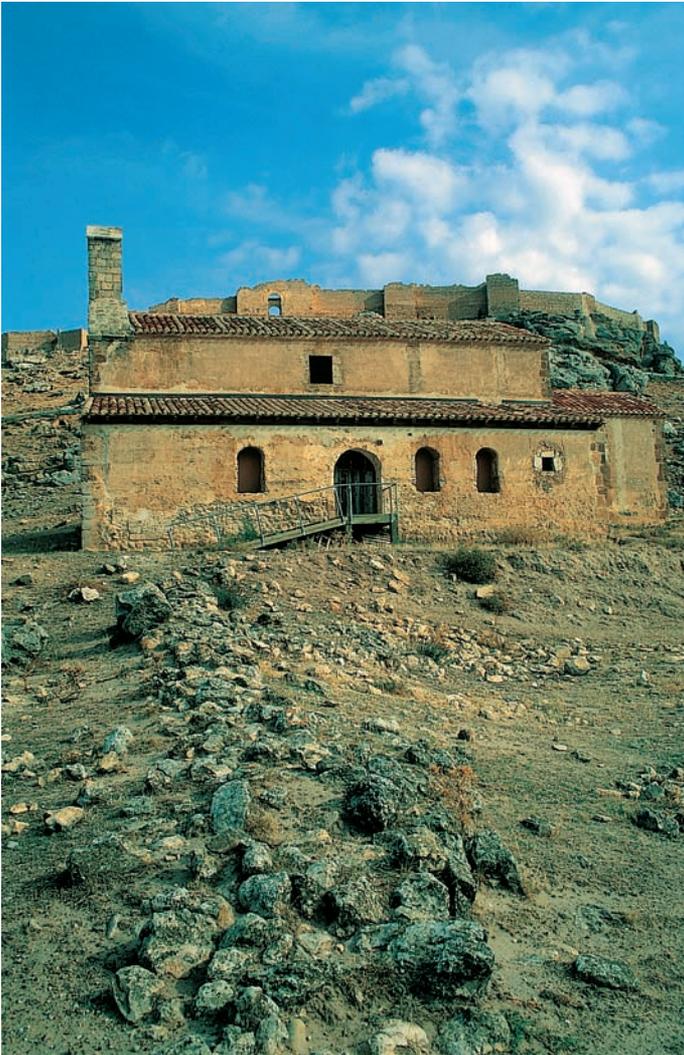
Dentro del pórtico, ocupado por la necrópolis medieval, se encuentra, centrada en el muro, una portada románica de tosca ejecución, que fue traída del cementerio (antigua iglesia de Santiago), una tradición que se repite en la localidad, aunque nadie de los vecinos conoció ese traslado. Que no es original de aquí se evidencia de varias formas: en primer lugar porque su cimentación queda bastante por encima de la cota inferior del muro de la nave, en segundo lugar porque está montada de forma incompleta, habiendo desaparecido parte del cuerpo que la flanqueaba, también porque varias de las piezas están



*Planta*

*Alzado sur antes de la restauración*





*Fachada meridional, con la fortaleza al fondo*

*Detalle del alero de la cabecera*



descolocadas, y finalmente porque entre las piedras usadas para su cimentación aparece una dovela de puntas de diamante que debió ser de una chambrana. El arco de medio punto está compuesto por tres arquivoltas, la interior –correspondiendo al arco de ingreso– con dovelas cuadrangulares, lisas, que se trasdosan con una especie de guardapolvo achaflanado, decorado con toscos tacos; la siguiente sólo porta un grueso bocel y la tercera de nuevo dovelas simples, mientras que de la chambrana, con perfil de listel y chaflán, sólo quedan algunas dovelas. El arco de ingreso apoya en pilastras, una de las cuales porta restos de una inscripción romana –o visigoda, según las interpretaciones–, y las otras dos rocas lo hacen sobre columnillas acodilladas, en origen sobre un podio abocinado del que sólo se conserva la parte oriental. Estos soportes están muy alterados, pues una vez los fustes han sido sustituidos por postes de madera, otras se han perdido los capiteles y en otras ocasiones se han utilizado como basas capiteles invertidos. De este modo, el soporte más occidental conserva únicamente la basa, con plinto, grueso toro, estrecho listel y collarino; el siguiente –con un fuste dudoso– mantiene el capitel, decorado con dos animales, tan toscos que parecen grandes saurios; el tercero usa como basa un capitel, con tosca figura humana, de brazos levantados –donde se ha querido ver a Daniel en el foso de los leones–, el fuste es de madera y la cesta superior se decora con grandes zigzags; finalmente, la cuarta columna de nuevo tiene un capitel como basa, con puntiagudas hojas planas, mostrando el superior otras hojas lisas que se vuelven para acoger bolas. Todos los cimacios son de nacela.

Al fondo de este muro sur se encuentra la que fue puerta original del templo, de reducido tamaño, con arco de herradura muy desarrollado, con salmeres redondeados y jambas de sillarejo, y con la parte interior con cargadero de madera. Su dovelaje tiene un despiece muy característico de las puertas califales, como las que se pueden ver en el mismo castillo de Gormaz y en las murallas de Ágreda.

El interior del templo es sumamente sencillo, completamente revocado. La cabecera se cubre con bóveda de cañón, sin impostas, con el testero presidido por el abocinamiento de la pequeña saetera. Otras tres saeteras daban tenue luz a la nave, todas situadas en la parte alta de los muros, una sobre el testero y dos en la parte oriental de los muros laterales. Recientemente se ha reconstruido un arco triunfal siguiendo en cierto modo el modelo de San Baudel de Berlanga, aunque de medio punto en vez de herradura. Hasta la restauración hubo un amplio arco carpanel barroco, de yeso, que sustituyó al original, cuya factura desconocemos, aunque es probable su parentesco en forma y medidas con el de Berlanga. Para soportar el peso

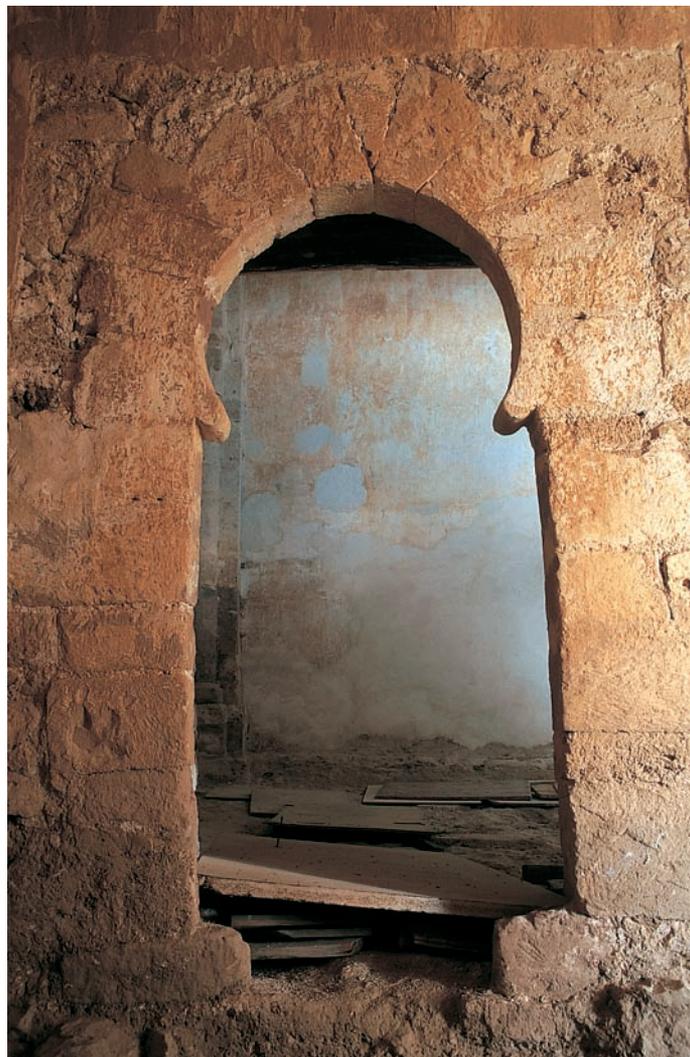


*Portada románica*

del testero de la nave sobre ese arco barroco, se embutió un cargadero de madera.

Los muros de la nave son de suma simplicidad y sólo en el hastial se encuentra un amplio arco apuntado, adaptado a la totalidad de ese espacio, indudablemente de factura posterior, ya que se adosa a los muros laterales, y cuya funcionalidad no está clara. Es una estructura de sillería, con arco apuntado y doblado, con la rosca interna descansando sobre semicolumnas adosadas, sobre podio abocelado. Las basas constan de plinto, grueso toro inferior con bolas, escocia y collarino, y los rudos capiteles se decoran con hojas lanceoladas (el del sur), o con simples incisiones rematadas por bolas y cabeza humana. Los cimacios son de listel y chaflán, sin prolongarse en las pilastras que reciben al arco exterior.

El suelo de la nave aparece tallado sobre la roca natural —de nuevo como en San Baudel—, aunque las excavaciones



*Portada prerrománica*

arqueológicas han documentado una capa de cal que en realidad debía constituir el pavimento original, sobre el que a lo largo de los siglos se fueron sucediendo otros. En el centro aparece un hueco circular, que inmediatamente nos puede llevar a pensar en el basamento para colocar la pila bautismal —hoy en la parroquia—, aunque quizá sea una ubicación demasiado protagonista para la pila. La base de los muros aparece recorrida por un bancal perimetral, también excavado en la roca.

Se aprecia también claramente el revoco que acompañó a la más antigua construcción, conservado prácticamente en su integridad en los muros norte y sur de la nave, así como en la cabecera. Era un simple enlucido blanco, sobre el que más tarde se dispuso otro nuevo, con las pinturas murales que han constituido el hallazgo más espectacular producido durante la restauración llevada a cabo entre 1998 y 1999.

Estas pinturas cubren completamente el ábside y la mitad anterior de la nave, aunque las modificaciones realizadas en el arco triunfal han hecho desaparecer casi por completo las escenas que se situaban en el muro de poniente de la capilla mayor y en el testero de la nave, así como seguramente las que portaba el propio arco. La pintura se aplicó sobre una delgada capa de revoco, desde la base de los muros hasta la misma cubierta de madera, en la nave, y por toda la superficie del ábside. El sinuoso remate de los paneles occidentales de la nave, parecen indicar que quizás hubo una intención de continuar pintando también la mitad posterior de esos muros, cosa que nunca se llegó a realizar. El sistema de aplicación del color, definido por los arqueólogos como temple, en realidad puede ser un sistema mixto, lo que Teógenes Ortego llamó fresco-temple al hablar de las pinturas de San Baudel, con las que estas otras guardan enormes similitudes, lo mismo que con las de la ermita de la Vera Cruz de Maderuelo, como es lógico.

Aunque buena parte de la mitad inferior se ha perdido, creemos que el conjunto se organizaba en tres registros o alturas. La parte baja, que ocuparía los 2/5 inferiores del muro, debía estar recorrida por unos cortinajes, con grandes medallones en los que se alojaban animales, y cuyo extremo inferior remataba en amplios pliegues. Sobre todo ello, dos paneles superpuestos recogen diferentes escenas, de carácter bíblico, salvífico, apocalíptico o militar. Para su descripción realizaremos un recorrido partiendo del ábside y pasando después a la nave.

*Bóveda absidal:* El conjunto de pinturas del ábside fueron repicadas, seguramente en época barroca, para disponer

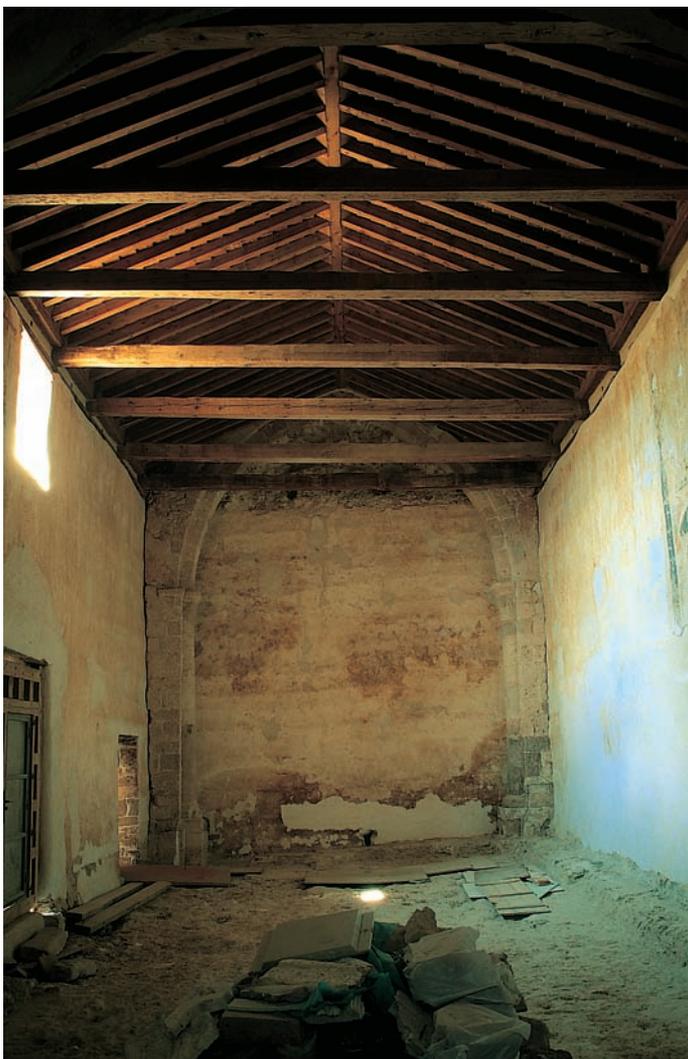
un nuevo enlucido, lo que dificulta en estos momentos su apreciación. Pero afortunadamente el daño fue menor de lo que aparentemente pueda parecer y sin duda tras otra pendiente restauración estas pinturas recuperarán toda su belleza.

En la bóveda se dispone el Cristo en Majestad, con la cabeza en el lado oeste, sentado sobre sitial con respaldo y almohadón y recercado por mandorla almendrada, formada por tres bandas, amarilla, blanca y roja. Viste túnica rojiza y manto azul, ribeteado con orofrés, y muestra los brazos abiertos, con la mano derecha levantada. En su entorno, ocupando los riñones de la bóveda, se dispone el coro de ángeles, con cuatro figuras a cada lado, en perpendicular al eje de la mandorla y sobre un fondo de bandas en color rojo, amarillo y azul-grisáceo, el mismo sobre el que se desarrollan casi todas las escenas, y que aparece igualmente en San Baudel o en Maderuelo. Sobre los ángeles del lado norte hay seis pequeñas copas blancas, por lo que podemos pensar también en una composición apocalíptica relativa a los ángeles que derraman las copas llenas de males, si bien en la visión de San Juan eran siete las copas y siete los ángeles.

*Testero y muros laterales del ábside:* El testero se divide en tres registros, separados por ribetes en rojo o amarillo. En el medio círculo que deja el abovedamiento en el muro oriental se encuentra un medallón con el *Agnus Dei*, aguantado por dos ángeles, tras los que aparecen sendas figuras arrodilladas, seguramente Abel y Melquisedec, como ocurre en Maderuelo, donde se sigue esta misma composición.



*Vista general del interior, desde los pies*



*Vista general del interior, desde la cabecera*

Entre este registro superior y el intermedio, se abre la ventana, que el pintor supo integrar perfectamente entre las escenas. En la clave figura la paloma del Espíritu Santo —de nuevo como en San Baudel o en Maderuelo—, y en las jambas roleos de zarcillos.

En el panel medio se hallan los Ancianos apocalípticos, recorriendo ya todo el conjunto de paramentos del ábside, con cuatro figuras en el testero, ocho en cada uno de los laterales y dos a cada uno de los lados del triunfal, aunque aquí están muy perdidos. Muestran todos la misma geométrica e hierática postura, sentados, sosteniendo los tarros de esencias y tocados con mitra. Apenas varían en rostros y posición de manos, y sólo los colores de la vestimenta les otorgan cierta individualidad. En el muro sur una pequeña credencia está ornada también con zarcillos.

Del registro inferior apenas si se han conservado algunos retales, pero llegan a verse los cortinajes, con una especie de puntillas que en la parte superior forman recogidos



*Ábside*

aguirnaldados. Se ven igualmente algunos retazos de los medallones que recorrían dichas telas, con animales en su interior, aunque sólo alcanzamos a diferenciar un águila explayada y un león, nuevas referencias que nos envían a la ermita berlanguesa.

*Muro occidental del ábside:* La disposición perimetral de la decoración de todos los paramentos absidales alcanzaba también a este muro, aunque apenas si quedan otros restos que dos ancianos y el luneto bajo la bóveda. Aquí, y dado el estado actual, no acertamos a ver con claridad la escena que se relata, aunque parecen dos pasajes de un mismo episodio, que sucede en el campo. En el lado sur, una figura nimbada —seguramente Cristo—, se dirige a otra en actitud durmiente, mientras que en la mitad norte los protagonistas parecen ser los mismos y Cristo agarra a una figurilla desnuda que surge tras la espalda del otro. Parece tratarse del Nacimiento de Eva, con la primera escena en

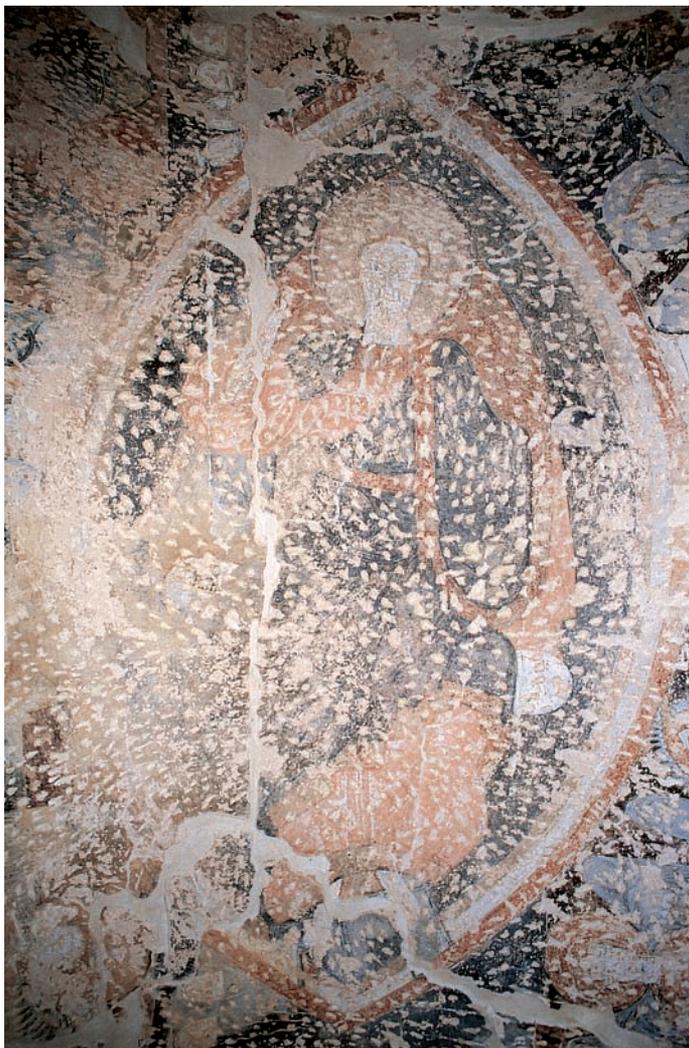
la que el Señor bendice a un Adán dormido –que curiosamente se nos muestra vestido–, y en la siguiente extrae a Eva de la costilla de Adán, tal como se representa también en la portada de Santo Domingo de Soria.

*Muro norte de la nave:* En la nave se puede decir que la conservación de las pinturas es relativamente buena, a pesar de que se haya perdido todo el registro inferior, en algunos casos también parte del medio, y la totalidad de los paneles del lado oriental, donde sólo llegan a verse escasos testimonios.

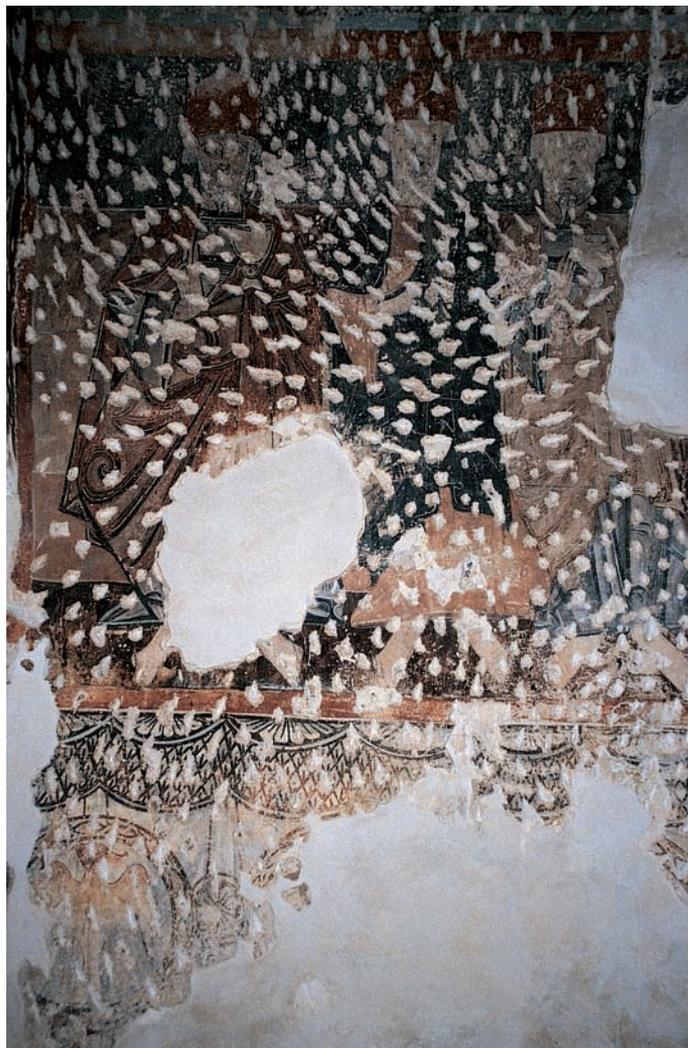
Los dos registros superiores quedan delimitados por una banda vertical común, de fondo negro relleno de finas hojas blancas. Las escenas del panel superior quedan además rematadas por arriba por una banda en zigzag, mientras que otra cenefa de ajedrezados rellenos con medias ovas separa el panel intermedio.

El registro alto narra los acontecimientos relacionados con el Nacimiento de Cristo, en una serie de escenas de desarrollo continuado, comenzando por occidente con una desgastada Anunciación, en la que apenas si se llegan a ver retazos del arcángel Gabriel. Le sigue el pasaje de la Visitación, con una tercera figura de dudosa interpretación, que podría ser San José. Después se halla la Anunciación a los pastores, escena que se desarrolla ante un árbol, y donde el ángel comunica la buena nueva a dos pastores, vestidos con su tradicional indumentaria: pelliza de vellones con capucha, albarcas, morral y cayado. Otro arbolito da paso al siguiente pasaje, el que ocupa un espacio más amplio, el Nacimiento, donde María aparece recostada sobre una especie de nimbo o mandorla lobulada y San José dentro de una arquitectura abovedada, flanqueada por columnas entorchadas, con basas y capiteles hemisféricos, vegetales, y remate de torrecilla. El Niño, como su Madre,

*Pantocrátor del ábside*



*Ábside: Ancianos del Apocalipsis y medallón*



se halla sobre una serie de triángulos con los vértices superiores vueltos, un recurso que se emplea en las pinturas de los otros dos templos que reiteradamente venimos citando. Además la presencia de una de las saeteras –cuyo interior de se decora con zarcillos– obliga a disponer la cuna en la parte superior de la composición.

Desconocemos por completo qué imágenes decoraban el muro oriental de la nave, al menos en este registro alto, pues el relato de los acontecimientos que siguieron al Nacimiento continúan en el panel superior del muro sur.

Nada tienen que ver con estos episodios las escenas que se disponen en el registro intermedio. A la izquierda aparece una figura dentro de arquitectura; se trata de un hombre barbado vestido de modo pontifical y nimbado, aunque no sabemos a quién trata de representar. A su lado una torre cilíndrica, de mazonería gris, da paso a una amplia escena bélica, que queda delimitada en el otro lado por una torre similar, aunque entonces coronada por un hombre que toca el cuerno. A mitad de cada una de las torres se abre una ventana en la que aparecen varios rostros –cuatro en la de la izquierda y dos en la de la derecha–, no sabemos si queriendo representar a ocupantes de la fortaleza o a prisioneros en ella.

Entre las dos torres se sucede una batalla, donde dos ejércitos a caballo se enfrentan. En el grupo de la izquierda son cinco los jinetes, vestidos con cota de malla, con las cabezas protegidas por almófares y puntiagudos cascos, cabalgando sobre caballos de diversos pelajes. El otro ejército está representado por al menos tres jinetes –aunque

podrían ser cinco– de similar vestimenta, pero ahora con escudos de cometa y con protectores nasales en el casco. Detrás del primero de los ejércitos, junto a la torre, se encuentra al menos un ballestero, vestido como peón, a punto de disparar sus dardos.

Este registro finaliza en su extremo oriental con tres mujeres en actitud procesional, con jarritos de perfumes, conformando la representación típica de las Tres Marías ante el sepulcro.

Por esta escena cabría suponer que todo el testero de la nave recogiera los pasajes relacionados con la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo, cuya continuidad serían las visiones celestiales que aparecen en el registro intermedio del muro sur.

La parte inferior de este panel septentrional está bastante perdida, sin que se haya conservado el más mínimo rastro de la decoración inferior, aunque suponemos que sería el mismo tipo de cortinajes que se repiten por los demás paramentos.

*Muro sur de la nave:* Aquí el desarrollo de las escenas es de este a oeste. Comenzando por las pinturas altas, tres personajes a caballo representan a los Reyes Magos, en audiencia ante Herodes. Detrás un panel bastante perdido muestra la Degollación de los Inocentes, en presencia del propio rey, destacando las blancas hojas de las espadas de los soldados.

El registro intermedio, quizá el mejor conservado de todos, muestra el premio que espera a las almas buenas y el castigo de las malas. En primer lugar aparecen tres santos



*Ábside: el sueño de Adán y la creación de Eva*

sobre la misma base de triángulos de vértices vueltos que se veían en el Nacimiento, seguramente nubes o un recurso para dar a entender ambientes sobrenaturales, ya que este motivo es el que delimita por debajo todo el registro. Se hallan separados por arbolitos –e incluso los dos primeros además por una torrecilla que debe aprovechar el espacio de la saetera que ahí se hallaba– y portan grandes paños donde se cobijan las buenas almas, representadas por pequeños rostros. A esta imagen del Seno de Abraham le sigue otra escena, donde el arcángel San Miguel procede al pesaje de los buenos y malos actos, mientras que un diablo gris trata de hacer trampa, empujando con su dedo el brazo de la balanza en cuyo platillo se han depositado las malas acciones. Al otro lado está la visión del Infierno, una cruda escena en la que las desnudas almas son tragadas por el dragón que describe el Apocalipsis, un monstruo gris, en forma de serpiente enroscada, formando un gran círculo. Pequeños bichos van atacando también a los condenados, mientras que un cánido rojo aparece junto a la cabeza del monstruo, seguramente una escenificación del can Cerbero guardando las puertas del Infierno.

La visión más espeluznante de este abismo es la que se representa dentro del círculo formado por la serpiente, donde un enorme diablo amarillo, de grandes garras, con culebras enrolladas en sus brazos, está engullendo a esas almas perversas. Finalmente, otros pequeños monstruos ocupan los intersticios que forma el círculo de la serpiente con el marco cuadrangular del panel.

En este muro meridional aparecen algunos restos de la decoración inferior de cortinajes grises, con amplios pliegues

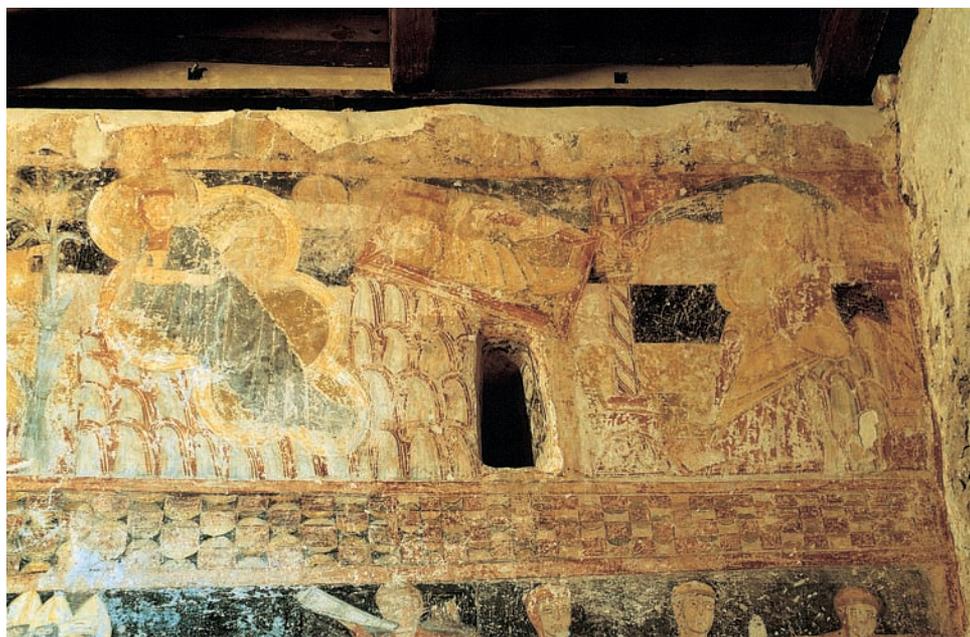
alternando con otros más pequeños y que cabe suponer que en zonas más altas llevaran también medallones como los de la cabecera y como los que decoran este mismo motivo en la ermita de San Baudel de Berlanga.

No cabe duda de que nos hallamos ante uno de los mayores descubrimientos de la últimas décadas en lo que a arte románico se refiere y que la fama que alcanzarán estos paneles, una vez restaurados, será inapelable. A pesar de las dificultades que plantea ahora mismo la apreciación de todas las escenas y de las formas concretas, es evidente el enorme paralelismo que guarda con los murales de Made-ruelo y sobre todo con los de San Baudel, tanto en composición, como en colores, dibujo, arquitecturas o cenefas; sin embargo, a favor del artista –o, mejor aún, de los artistas– cabe decir que cada uno de estos tres sitios recurre a sus propias escenas. Los fondos organizados en franjas de colores son también un recurso utilizado en los tres casos y que además es muy frecuente en las miniaturas de los Beatos, una fuente de inspiración para este tipo de murales que ha sido reiteradamente señalada. Los colores predominantes son los rojos, amarillos, ocre, grises-azulados, es decir, colores terrosos, en principio no demasiado difíciles de conseguir, aunque esta apreciación debiera contrastarse con el análisis de la composición química de los pigmentos.

A modo de recapitulación, el desarrollo artístico de San Miguel de Gormaz podemos iniciarlo desde el momento en que se construyen los testimonios más antiguos conservados, la cabecera y la nave. Como hemos supuesto también para la ermita de Casillas de Berlanga, bien por los paralelos que guarda con esa fábrica, bien



*Nave: muro norte*



*Nacimiento*

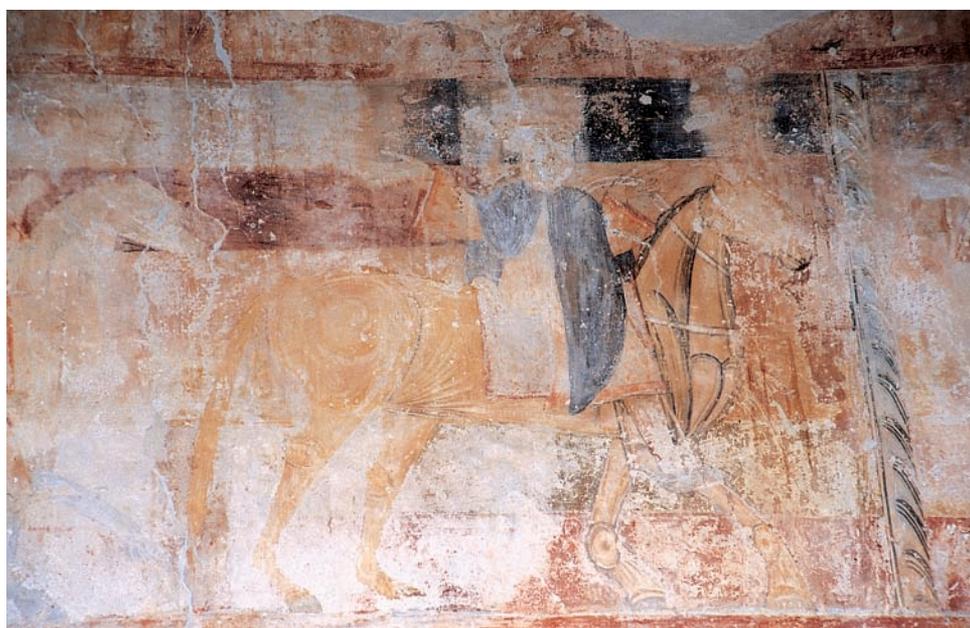


*Guerreros*

*Pinturas del muro sur  
de la nave*



*Rey Mago*



por los propios datos que aporta la de Gormaz, entendemos que su construcción debió ser inmediatamente posterior a las conquistas de Fernando I en el año 1060, dentro de las indudables intenciones de colonizar lo más pronto posible los puntos más significativos. En ese momento es cuando empiezan a penetrar en la Península las influencias románicas, pero aquí, en estas inseguras tierras de frontera, es evidente que se sigue aún dentro de una tradición constructiva prerrománica, que emparenta incluso con los modelos arquitectónicos visigodos, razón entre otras por la que suele ser tan complicado atribuir cronologías a los edificios que se levantan entre los siglos VI-VII y la segunda mitad del XI. No sabemos si realmente la cornisa de la cabecera se hizo para este edificio o fue traída de otro lugar, por ejemplo de Uxama, como se ha apuntado. La forma un tanto descolocada en que se nos muestra ahora puede deberse a esta última circunstancia, pero también a una de las múltiples reformas posteriores que sin duda ha tenido la cubierta. En todo caso llama la atención que una de las piezas muestre ya un ajedrezado que habla de una estética románica, de modo que si la cornisa fuera original, evidenciaría la plena convivencia entre los viejos y los nuevos modos. En caso contrario, cabría hablar de una retalla para la parte ajedrezada.

Dentro de esta convivencia hay que aludir a la puerta de herradura, obra que parece claramente musulmana, lo cual tampoco es demasiado extraño, puesto que en el momento en que entendemos que se construye la ermita los mejores albañiles y canteros de la zona serían sin duda

los de esa religión, con una larga tradición de trabajo en esta frontera.

Los autores de la excavación arqueológica sostienen que hubo otra portada similar hacia el centro de la nave, así como también apuntan la posibilidad de que la bóveda de la cabecera fuera en origen distinta, más bien en forma de cúpula como aparece en algunos otros edificios prerrománicos. Sin entrar a valorar la primera idea, puesto que carecemos de todo tipo de argumentos, creemos sin embargo que el abovedamiento del ábside fue siempre así, por un lado porque no parece que haya rastro del cambio, en segundo lugar porque la vieja estructura en todo caso hubiera aguantado muy escasos años, dada la rapidez con que se hicieron las pinturas murales, y, en tercer lugar, porque la ermita de San Baudel de Berlanga, tan cercana, tiene este mismo tipo de cabecera, tanto por dentro como por fuera.

Ya a comienzos del siglo XII se pintan los murales, dando dignidad a un templo que hasta entonces presentaba unos revestimientos blancos. Sin duda el taller fue el mismo que trabajó en Berlanga y en Maderuelo y por tanto las mismas similitudes que se han establecido con los murales catalanes de Santa María de Tahull para esas iglesias serían extensibles a Gormaz. Aun así, y a pesar del llamativo parentesco, quizá no hay que hablar necesariamente de las mismas gentes trabajando en el Pirineo y en la Meseta, sino pensar más bien en la distribución de los libros de copias que sin duda debían circular entonces, como parece demostrar, para la escultura, el cantero que se retrató, algunos años después, trabajando en la iglesia palentina de Revilla de Santullán.



*El Pesaje de las Almas  
y el Infierno*

Todos los restos pictóricos no tenemos duda que pertenecen al mismo momento, incluidos los retazos de cortinajes que se ven en la nave, y para los que los arqueólogos aventuran la posibilidad de una etapa anterior. En todo caso el dibujo más tosco se relaciona sin duda con la menor importancia que tenía el motivo decorativo y quizás con unos recursos artísticos más limitados del artífice encargado de ellos. Sobre este asunto cabe además hacer hincapié en que indudablemente serían varias personas las que se encargaron de hacer este revestimiento, pero también más de una las que aplicarían dibujos y colores. A pesar de este convencimiento, la cuestión es difícil de abordar con detalle en tan breves páginas como éstas y el estudio requeriría de un análisis más detallado y más cercano a los propios paneles.

Por lo que respecta a las fechas en que se decoraron estos muros, siempre se ha hablado para los demás templos más o menos de la década de 1120, partiendo de la data que se ha barajado para Tahull. No tenemos nada que objetar a la misma, aunque, dada la parquedad de datos al respecto, podríamos pensar en un período algo más amplio, hacia el primer tercio del siglo XII.

Ya dentro del siglo XIII se construye el arco apuntado del hastial, con una intención que nos es desconocida por completo, aunque podría pensarse quizá en una intención de ampliar la iglesia hacia el oeste, lo cual, en todo caso, nunca se realizó, puesto que el muro de ese lado consideramos que es original.

La espadaña es también una construcción o reconstrucción posterior y el pórtico ya hemos indicado nuestra idea de que es posterior a la época románica, e incluso a época medieval, aunque los arqueólogos lo suponen plenomedieval (siglos XII-XIII), atendiendo a dos argumentos: que se apoya parcialmente en la cimentación de la nave y que cubre una de las ventanas. Sin embargo esta data *post quem* tampoco sería suficiente para defender esa cronología. Cabe destacar la aparición, hace ya unas cuantas décadas,

de una inscripción musulmana embutida en esta estructura y cuya leyenda se ha relacionado con la orden de Alhake II (961-976) para construir la fortaleza de Gormaz. Hoy se conserva en la catedral de El Burgo de Osma y el texto sería el siguiente: "En el nombre de Dios Clemente y Misericordioso, Dios Bendiga a Mahoma, el sello de los Profetas. Mandó el siervo de Dios, Al-Hakam, al-Mustansir Bi-llah, Príncipe de los Creyentes (¡Dios alargue su permanencia!)".

Una de las últimas reformas de cierto calado se produjo al menos en época barroca, o incluso más recientemente, cuando se modificó todo el arco triunfal, con la consiguiente pérdida de paneles pintados. Tal vez entonces se pudo trasladar la portada románica —de fines del XII o comienzos del XIII— desde la iglesia de Santiago a esta nueva ubicación. Después, y tras largos años de inconsciente abandono, sin que el edificio haya sido valorado adecuadamente, se han iniciado las obras de una completa restauración, que cuando finalicen convertirán a esta ermita de San Miguel en uno de los referentes artísticos de los siglos XI y XII.

Texto y fotos: JNG - Planos: JMFA

### Bibliografía

- AA.VV., 1995, pp. 84-89 y 252-255; ALMAZÁN DE GRACIA, Á., 1997, pp. 132-133; BANGO TORVISO, I. G., 1997, p. 270; CABRÉ AGUILÓ, J., 1916, t. VI, p. 113 y lám. XCIII/1; CASA MARTÍNEZ, C. de la, 1992a, p. 379; COBOS GUERRA, F. y CASTRO FERNÁNDEZ, J. J. de, 1998, p. 39; ENRÍQUEZ DE SALAMANCA, C., 1986, pp. 98-99; GAYA NUÑO, J. A., 1946, pp. 69-70; GUTIÉRREZ DOHIJO, E., 1996, pp. 33, 36; HERAS, E., ESCRIBANO, C. y BALADO, A., 2001; HERBOSA, V., 1999, p. 80; IZQUIERDO BERTIZ, J. M.<sup>a</sup>, 1985, pp. 267, 268, 272, 274; LAFORA, C. R., 1988, p. 66; OCAÑA JIMÉNEZ, M., 1943; RODRÍGUEZ MONTAÑÉS, J. M., 2001a, p. 46; SORONDO, J.-L. de, 1997, p. 72; ZOZAYA STABEL-HANSEN, J., 1984, p. 486.

## Cementerio (*antigua iglesia de Santiago*)

LOS RESTOS DE LA ANTIGUA iglesia de Santiago, cuyos muros sirven desde hace mucho tiempo para albergar al cementerio, se hallan a unos 100 m del casco urbano, en dirección noroeste y en plena ladera. En su entorno aún se ven algunos bancales, sin duda usados en tiempos para cultivo, e incluso para facilitar el asentamiento de las casas que conformarían un barrio en el entorno de este templo.

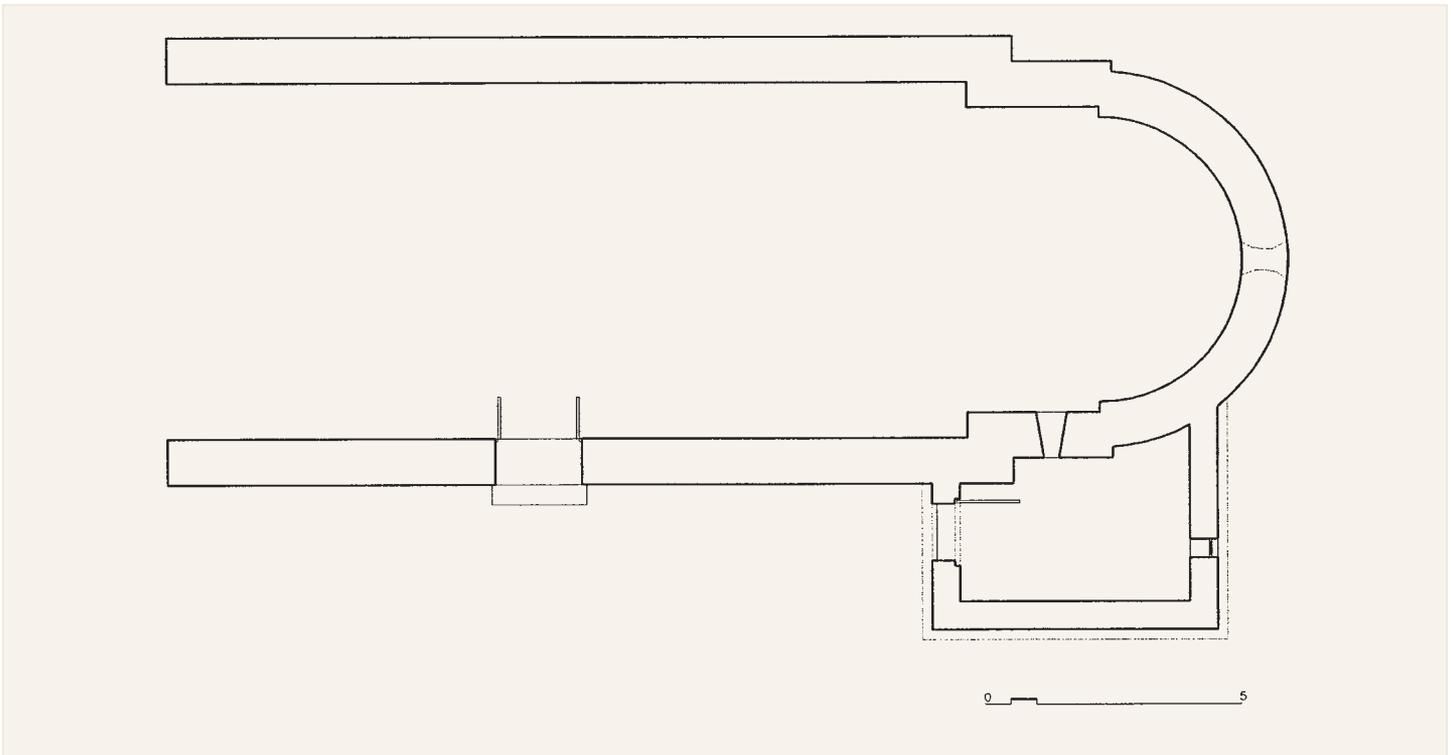
Se conserva íntegra la caja de muros del templo, construida a base de tapiales de cal y canto, un sistema de encofrado que, aunque característico de obras militares, tuvo notable éxito en las construcciones románicas sorianas, preferentemente en la propia capital y su entorno, así como en la mitad meridional de la provincia, aunque tampoco faltan ejemplos en el norte. En el entorno de Gormaz, al

margen de la citada ermita de San Miguel, encontramos edificios de estas características en Mosarejos y Galapagares. El sistema permite, con pobres materiales, levantar sólidos muros –como bien demuestra la perduración de estas ruinas–, que además pueden ser mucho más estrechos que los compuestos por hojas de sillería o de mampostería. Aquí son bien visibles aún los tablazones que componían el encofrado, así como los mechinales que permitían la unión de los laterales de las cajas, aunque han desaparecido los sillares con que se reforzaron las esquinas.

Consta de ábside semicircular –hoy convertido en osario–, presbiterio recto y una nave única, a la que se añadió un nuevo recinto a poniente para poder ampliar el cementerio. Otra dependencia también moderna, se adosa al sur de la cabecera.

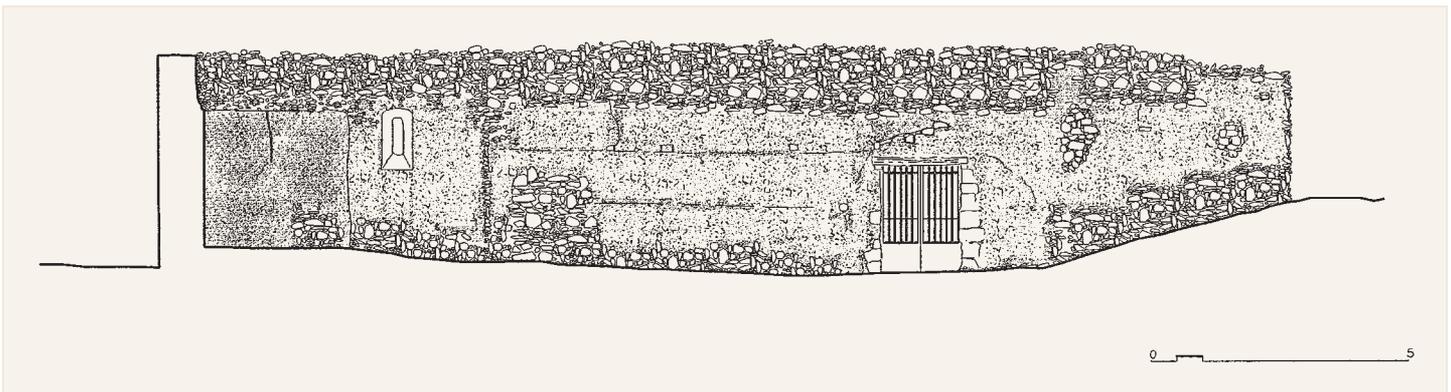
*Restos de la iglesia de Santiago, al pie del castillo*





*Planta*

*Sección longitudinal*





*Interior visto desde los pies*

El ábside parece que fue completamente macizo, mientras que el presbiterio, más ancho, presenta una estrecha saetera en el muro sur, abocinada hacia el interior y abierta en el propio mortero, sin recerco alguno, como aparece en las iglesias que jalonan las laderas del cerro Mirón, o en la de San Juan de Duero, en Soria. Este espacio presbiterial posiblemente tuvo los muros interiores revestidos de sillería, a juzgar por las marcas que han quedado. Desconocemos el

tipo de cubierta que pudo tener esta cabecera, aunque seguramente fuera abovedada, como ocurre en los casos conservados de la capital.

En cuanto a la nave –que seguramente contó con cubierta de madera–, continúa con el mismo tipo de fábrica, conservando una de las dos saeteras que debió tener en el muro sur, donde también estuvo la desaparecida portada. Popularmente se asegura que tal portada fue trasladada a la ermita de San Miguel y que el hueco dejado se cerró mucho después con el acceso actual, concretamente en 1949, año en que también se hizo la ampliación occidental del cementerio.

Por lo que se refiere a su cronología, la ausencia de elementos decorativos no nos permite hacer muchas precisiones, aunque dada la similitud constructiva con los edificios de la capital, cabría suponer unas fechas dentro de las últimas décadas del siglo XII. Si nos atenemos a la portada de San Miguel, las fechas serían las mismas, modernizándolas incluso hasta los comienzos del siglo XIII.

Texto y fotos: JNG - Planos: AMR

#### *Bibliografía*

BLASCO JIMÉNEZ, M., 1909 (1995), p. 256; HERBOSA, V., 1999, p. 80.